

Nickolas Butler

Algo en lo que creer

Traducción de Álvaro Marcos

Primera edición, 2020
Título original: *Little Faith*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2019 by Nickolas Butler

© de la traducción, Álvaro Marcos, 2020
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de cubierta: © Juliet Pomés, 2020
Fotografía del autor: © Olive Juice Studios, 2013

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17977-16-0
Depósito legal: B. 28293-2019
Impreso por Liberdúplex
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

*Para Jim y Lynn Gullicksrud
En memoria de Dave Flam (1945-2017)*

Esta novela está parcialmente inspirada en los sucesos ocurridos en Weston, en el estado de Wisconsin, el 23 de marzo de 2008.

La tierra estaba arando a los hombres, a los caballos y a los arados (...). Ninguna generación ve cómo sucede, y los nuevos campos mojados crecen y olvidan (...). Todos los seres vivos estaban ascendiendo juntos hacia la cresta del presente. Todos los hombres, mujeres y niños se extendían en una larga fila, sujetando en lo alto una cinta o un banderín; corrían por un prado tan grande como la tierra, abriendo el tiempo como un sendero en la hierba, y él se vio arrastrado por ellos. No, dijo, retirando la luz; caminando por el cielo de vuelta a casa, no.

ANNIE DILLARD, *Quienes viven*

Primavera

El niño rio al pasar sus suaves manitas por la frente fruncida del abuelo, tocando sus cejas encanecidas, sus párpados y sus pestañas. Luego le colocó la venda justo por encima de la nariz y de las orejas y echó a correr por el cementerio soleado, buscando un escondite.

—Cuenta hasta veinte, abuelo —gritó el pequeño.

—Misisipi uno... Misisipi dos... Misisipi tres...

—contó en alto el abuelo, sin prisa, paciente como un polvoriento reloj de pared abandonado en la esquina de un comedor.

El sonido de la risa se fue alejando mientras Lyle Hovde seguía contando, despacio. Apretado contra su frente y sus párpados, el pañuelo de algodón, de un rojo desvaído, olía igual que sus raídos vaqueros azules Wrangler: a gasóleo y a serrín, a sus caramelos de azúcar y mantequilla favoritos y al tufillo metálico que deja la calderilla suelta en el bolsillo. Antes de contar seis, Lyle escuchó la respiración del niño, el ruido de sus pequeños pasos apagándose, el crujido ocasional de alguna piña o alguna rama de pino blanco bajo la suela de sus zapatillas, la agitación, entre las sombras espesas, de las altas

y fragantes alestas y, finalmente, más risitas. Al llegar a doce, solo se escuchaba el graznido de un cuervo en lo alto de un pino. Cuando contó diecisiete, sintió que su corazón comenzaba a latir más despacio. Estaban en abril; el sol calentaba de una forma muy agradable y su chaqueta de lona le proporcionaba un confort semejante al de una manta bien remetida. Sintió deseos de dar una cabezada, de abandonarse a las negras y suaves aguas del sueño. Ralentizó el ritmo del conteo y, al llegar a veinte, se retiró la venda y abrió los ojos. El mundo seguía allí todavía, con sus mil matices diferentes de verdes, incipientes y frágiles, y de amarillos y ocres delicadamente desvaídos. No había tráfico en Cemetery Road. Ni un solo coche. Ningún tractor labrando. En el cielo, dos grullas canadienses descendieron hacia un estanque distante. Lyle tenía la espalda apoyada contra la lápida de su hijo Peter. Se incorporó despacio, apoyándose en la losa de granito; sus rodillas protestaron.

—Estés listo o no —gritó—, allá voy.

El cementerio era pequeño, no más de doscientas tumbas. La sombra de Lyle se proyectó, alargada, desde la punta de sus botas hacia la luz en declive. Ese nieto suyo, Isaac, su único nieto, ese enano de cinco años, qué energía. Llevaba a su cargo todo el día, mientras su mujer, Peg, y su hija, Shiloh, iban de compras a Mineápolis. Cuidarlo no suponía carga alguna, ninguna en absoluto, pero, Señor, cómo corría el niño, cómo corría... Era solo media tarde y Lyle se sentía tan cansado como si hubiera estado trabajando toda la jornada, cortando troncos o limpiando de piedras los campos.

—Cuando te encuentre... —dijo Lyle en voz alta—, ¡ay, cuando te encuentre...!

Avanzó lentamente entre las lápidas, sorteando las tumbas de hombres y mujeres a los que había conocido hacía mucho tiempo, cuando tenían la edad que Lyle tenía ahora. Hombres y mujeres que habían poblado Redford, llenando los bancos de la iglesia luterana de San Olaf o deambulando por los estrechos y abigarrados pasillos de la ferretería Hanson's, señalando colores de un muestrario, estudiando botes de insecticida o esquivando sacos de pienso. O empujando los inestables carros de la compra por los pasillos del supermercado IGA, el marido guiando el carro mientras la mujer sostenía una lista interminable, en la que figuraba gran parte de su vida administrada en delicada letra cursiva. Viejos profesores, granjeros, carteros, leñadores, lecheros, mecánicos, cocineros, secretarios, dentistas, médicos, bomberos, carniceros, empleados de banca, camareros, taxidermistas...

Lyle pasó caminando muy cerca de Isaac y el pequeño soltó una risa ahogada, mientras se movía para ocultarse a la sombra de la lápida del viejo Egdahl. Sabiendo que gran parte de la diversión del juego consistía en que te encontraran, cayó sobre el pequeño y empezó a hacerle cosquillas en la barriga, las axilas y el cuello, hasta que Isaac necesitó recuperar su corto resuello. Satisfecho, Lyle se sentó en el suelo, junto a su nieto y, al ver que este tenía los cordones desatados, empezó a atárselos.

—Hoy no me has hecho dormir siesta —dijo Isaac, pasándose la lengua por los labios agrietados.

Lyle dio una palmadita a las zapatillas recién atadas, se metió la mano en el bolsillo y ofreció a Isaac un botecito amarillo de bálsamo labial Carmex.

—Ya tienes cinco años. No te puedes pasar la vida durmiendo la siesta.

—La abuela dice que nunca se es demasiado mayor para dormir la siesta. Dice que todo el mundo debería hacerlo. Todos los días. Dice que en España y en Portugal cierran todo después de comer para que la gente pueda dormirla.

—¿Qué sabes tú de Portugal? —preguntó Lyle.

El pequeño lo miró frunciendo el ceño, metió un dedo en el bálsamo y se lo aplicó en los labios.

—Tú también duermes la siesta a veces, abuelo.

—¿Cómo dices?

—Que tú también duermes siestas. En tu butaca. Cuando ves la televisión. A veces hasta roncas.

—Eso no son siestas —sonrió Lyle—, son descansitos. Tu abuelo se toma pequeños descansos.

—La gente no ronca cuando se toma descansitos, abuelo.

—Yo no ronco.

Isaac se rio.

—Sí que roncas. Mamá te grabó un día con el móvil. Y la abuela me dijo que a veces hasta te despiertas a ti mismo con tus ronquidos.

Lyle pasó su mano por el pelo rubio del muchacho, desordenándolo.

—Venga, en marcha. Vamos a limpiar la tumba de tu tío y luego iremos a ver a Hoot, que nos está esperando. Ya verás, seguro que te tiene preparado algún helado.

Llenaron dos cubos de aluminio con agua fría de pozo extraída de una vieja tubería situada en el centro del cementerio y Lyle añadió unas gotas de lavavajillas Dawn que había traído de casa en un botellín de plásti-

co. Luego removió el líquido con la mano, formando un torbellino de burbujas iridiscentes, y llevó los cubos rebosantes hasta la tumba de su difunto hijo, Peter. Lavaron la tumba entre los dos, frotando con un estropajo metálico, mientras el sol les calentaba la espalda y se filtraba a través de la piel fina y translúcida de sus orejas. Con cada minuto que pasaba, sin embargo, la tarde refrescaba más y más. Las manos se les enrojecieron y se les quedaron frías.

—¿Me cuentas otra vez cómo...? Bueno, qué es lo que le pasó —pidió el muchacho.

Lyle frotó el estropajo contra la piedra, quitando líquenes y tierra. Miró a su nieto y lo invadió una ola de amor hacia él, pues era un niño afable, sensible y curioso, y esas eran —por encima de cualquier otra— cualidades que Lyle empezaba a valorar cada vez más en el mundo.

—Estaba enfermo —respondió finalmente, omitiendo los detalles trágicos—. No estaba destinado a quedarse aquí con nosotros, supongo.

—¿Y durante cuánto tiempo estuvo aquí? Quiero decir, ¿cuántos años tenía cuando...?

—Unos nueve meses.

Isaac asintió y siguió frotando, probablemente pensando: «Soy mucho mayor que él». Luego, transcurrido un momento, dijo:

—Abuelo, ¿podemos irnos ya a casa de Hoot?

Apoyándose sobre las rodillas, Lyle se levantó y se pasó la manga de la chaqueta por la frente. Luego vació el agua sucia de los cubos, describiendo amplios arcos al tirarla lejos de las lápidas.

—Una última cosa —dijo—. Llena los cubos de nuevo,

¿de acuerdo? Aclararemos la piedra para dejarla bien limpia y luego podremos irnos.

Lyle observó cómo el muchacho corría con el cubo vacío y cómo lo llenaba junto a la espita, con el agua salpicando alrededor de sus zapatillas deportivas. Lo vio agacharse y abrir la boca como si estuviera bebiendo de una fuente, mientras el chorro chocaba contra su lengua y sus labios y el agua le corría barbilla abajo, salpicándolo. Luego lo vio cerrar el grifo y emprender el camino de vuelta, derramando bastante agua con cada esforzado pasito. Tomó el cubo de las manos de su nieto y, con tres gráciles movimientos, vertió el agua sobre la superficie de piedra.

El mundo, Lyle lo sabía, se dividía en dos tipos de personas (como suele decirse, o como se tiende a simplificar): aquellas a las que los cementerios les resultaban lugares tristes e inquietantes, y aquellas otras a las que, como le sucedía a él, les inspiraban una sensación profunda y duradera de unidad y equilibrio; como si alguien bajara repentinamente el volumen de la vida y uno flotara en el espacio exterior, contemplándolo todo, contemplando su inmensidad. Para Lyle, aquel era un lugar en el que poder estar cerca de gente que había desaparecido hacía mucho tiempo. Un lugar libre y sereno al margen de las cosas. Un lugar en el que entrar en contacto no solo con sus recuerdos, sino también con su futuro.

—Venga —dijo, tomando a su nieto de los hombros—, vámonos. Hoot estará esperándonos.

—Abuelo, tengo que hacer pis.

Lyle miró en derredor y señaló un gran pino blanco en uno de los extremos del cementerio.

—Hazlo en aquel árbol de allí —dijo.

Mientras corría hacia el enorme tronco, el pequeño se bajó los pantalones y los calzoncillos hasta los tobillos. Lyle miró hacia otro lado: a un campo sin cultivar, a una granja de vacas cercana, a los bosques que tupían los valles. Al cabo de un momento, el niño regresó junto a él.

—Eres la única persona que conozco que hace más pis que yo —dijo Lyle—. Pero yo tengo una excusa. Creo que tengo un agujero en la vejiga.

—¿Un agujero? —preguntó el muchacho, mirando a su abuelo con incredulidad.

—Tiene que ser un agujero. O varios.

—¿Y cómo te hiciste el agujero?

—Me hirieron. Con una flecha. Me atravesó limpiamente y me dejó este agujero aquí —respondió Lyle, tocándose el ombligo.

El niño rio.

—Abuelo, de ahí salía tu cordón umbilical. Lo que te conectaba con la placenta. Yo también tengo. Todo el mundo tiene.

—Oh —dijo Lyle—, se me había olvidado. Pensaba que era ahí donde me habían herido.

«Pero ¿cómo sabe todas esas cosas? ¿Placenta? ¿Portugal?», se dijo Lyle.

Guió a su nieto hasta la vieja camioneta Ford F-150, le abrió la puerta del copiloto y luego la cerró con firmeza. Después, rodeó el vehículo por detrás y, al volverse, vio la cabeza del muchacho, que lo esperaba sentado muy quieto, con la vista fija en el frente. Pasó la mano por el óxido de la plataforma trasera del vehículo y las escamas de pintura descascarillada y, finalmente, se subió a la cabina, dejándose caer pesadamente frente al

volante, aspirando el olor a polvo y gasolina, al moho de sus mapas de carretera y... ¡a canela!

Se volvió hacia su nieto.

—¿Me has robado mis chicles?

Pero el pequeño se limitó a sonreír y siguió mascando, ahogando una risita.

—Así que ahí es a donde van a parar todos mis chicles. Y yo pensando que eran los ratones.

La camioneta comenzó a descender lentamente por la colina donde se asentaba el cementerio, cercado de pinos blancos y tuyas y, más allá, hacia los cuatro puntos cardinales, por campos de maíz y alubias. Entre los campos se veía también algún que otro granero rojo y, aquí y allá, retazos de bosque. A poco menos de un kilómetro de distancia se erguía el orgulloso campanario de la iglesia de San Olaf, el lugar donde Lyle había sido bautizado, donde había recibido la primera comunión, donde se había casado y donde, en algún momento, lo sabía también, se officiaría su funeral. Más lejos, hacia el oeste, fluía el río Misisipi, a su manera lenta y arremolinada, con un ritmo apenas superior al que Lyle imprimía a sus paseos después de la cena.

Hoot vivía no muy lejos de Lyle, en una casa tipo rancho y más bien pequeña situada a las afueras del pueblo. Aunque, por lo demás, se trataba de un hogar impecable, la casa siempre estaba impregnada de un denso olor a tabaco. Hoot solo era unos años mayor que Lyle, pero se había jubilado hacía mucho, y se pasaba los días estudiando con atención los folletos publicita-

rios de los supermercados que venían con el periódico, recortando cupones de descuento y, luego, deambulando por los pasillos de los almacenes de los pueblos grandes (La Crosse, sobre todo, pero también Eau Claire), en busca de «chollos» o, más exactamente, de «oportunidades de ahorro». Sus noches eran idénticas unas a otras y consistían en una veintena de alegres y sucesivas excursiones a la nevera en busca de una lata de cerveza Old Milwaukee bien fría o de un filete o una chuleta de cerdo que echar a la sartén. Después de cenar, se fumaba uno o dos paquetes de Camel y luego se iba a la cama, donde dormía a tirones, con frecuentes interrupciones para evacuar toda la cerveza consumida durante la velada. Junto con Peg y, quizá, el pastor Charlie, Hoot era el mejor amigo de Lyle. Aunque distintos en muchas cosas, ambos eran bondadosos, y la bondad es, desde luego, una buena medida de la capacidad de una persona para trabar amistad con otras y tal vez también para amarlas.

Lyle aparcó en la entrada de la casa de Hoot. Isaac se escurrió del asiento del copiloto y salió de la furgoneta detrás de su abuelo, corriendo para adelantarlo y tocar el timbre, que tenía forma de O y era de un amarillo pálido pero brillante.

—Pero bueno, ¿quién está aquí? —graznó Hoot con su voz profunda y cascada al abrir la puerta—. Vaya, vaya, si son este par de granujas. Vamos, muchachos, entrad.

Lyle le estrechó la mano.

—No te entretendremos mucho —dijo, y luego añadió, bajando la voz—: Solo quería pasar un momento para que me contaras qué tal los resultados de las pruebas.

—Bueno, todavía estoy vivo. Al menos puedo decir eso —y se dio unos golpecitos en la cabeza con los nudillos—. Toco madera.

—Peg me pidió que pasara a ver qué tal estabas y a preguntarte si necesitabas algo.

—Ahora mismo, lo que necesito es otra cerveza fría —dijo Hoot—. ¿Tú quieres una?

En el mundo existen muchos tipos diferentes de alcohólicos, y Hoot pertenecía a la clase dedicada casi en exclusiva al consumo de cerveza enlatada, americana y barata. No era un borracho de los que se caían, nunca se quedaba inconsciente ni se ponía agresivo o beligerante. Tampoco hacía el ridículo. Sencillamente, le gustaba surfear el humilde tubo que creaba el ciego de cerveza y dejarse llevar en punto muerto, solo con la dosis necesaria de magia en sus venas para suavizar un poco la dureza de las cosas. Hacía mucho tiempo que se había divorciado, y el tabaco y la cerveza —el humo y las alegres burbujas— eran su compañía predilecta cuando se sentaba en la cocina a escuchar en su vieja radio un partido de béisbol, de fútbol americano o de baloncesto. Hoot era amable y solitario, tímido incluso, y Lyle no podía llevar la cuenta de la cantidad de veces que Peg lo había invitado a casa a cenar. Pero Hoot siempre declinaba la invitación, sin excepción, educadamente. «Tenemos chuletas de cerdo», le decía Peg, «¿seguro que no quieres quedarte? Hay de sobra. Hasta tenemos cerveza de la que te gusta en la nevera».

Lyle asintió, tomó nota de la media docena de latas vacías y ordenadamente alineadas junto al fregadero y sonrió.

—Suenan bien —dijo—. Gracias, Hoot.

—¿Y para ti, jovencito? ¿Quieres un vaso de agua? ¿Leche? ¿Una Coca-cola? Creo que tengo una lata de Coca-cola por algún lado.

—El abuelo dijo que tenías helado —dijo Isaac.

—Eso dijo, ¿eh?

—Sí, señor.

—¿Y tienes sed también?

—El chaval siempre tiene sed —dijo Lyle, y era verdad—. Shiloh no consigue que pare de beber y de comer.

Isaac se sentó junto a la pequeña mesa redonda de la cocina y empezó a explorar cuidadosamente el contorno y las rugosidades del pesado cenicero de cristal que reposaba en su centro. Hoot era consciente del olor que impregnaba la casa y Lyle sabía que la repintaba cada primavera, abriendo las ventanas y aplicando gruesas capas de blanco en las paredes y techos ya amarillentos. En cierta ocasión, Hoot le había mostrado a Lyle un baño que había en el sótano, con un crucifijo colgado sobre el retrete. Al descolgarlo, el crucifijo dejó una marca pálida y borrosa en forma de cruz en mitad del muro amarillento y parduzco. Hoot solía decir en broma que lo que mantenía la casa en pie, tanto o más que la madera y los clavos, eran los restos apelmazados de nicotina. Lyle se preguntó qué tal andarían los maltratados pulmones de Hoot y cómo habría ido su reciente visita al médico, algo, lo de ir al médico, que casaba tan mal con Hoot como salir a correr diez kilómetros o presumir de haberse comprado una esterilla de yoga rosa.

—Bueno, el chico ha trabajado duro, ¿no es cierto, Isaac? —dijo Hoot, posando un vaso de agua junto a la muñeca del muchacho. Luego se rascó el pelo, inmacu-

ladamente peinado y todavía oscuro a pesar de los años, y añadió—: ¿Helado, has dicho?

Isaac se encogió de hombros.

—Eso me dijo el abuelo —respondió.

—Bueno, ya sabes que no tienes que hacer caso de todo lo que diga el vejestorio de tu abuelo, ¿verdad?

El pequeño se retorció en la silla de madera y sonrió, sin saber bien cómo responder. Lyle cogió una silla y se sentó junto a él. Siempre es algo digno de ver cómo los niños desarrollan su propio sentido del humor, ese radar que nos permite reírnos de nuestro mundo, de nuestros defectos y decepciones, y hasta de los horrores, incluso.

—Vaya —dijo Hoot—, tengo que rebuscar un momento en el refrigerador. Así que helado, eh...

—¿Ha dicho «refrigerador»? —susurró Isaac a Lyle.

—¡Ajá! Aquí lo tenemos. Esto ya es otra cosa —dijo Hoot—. Napolitano. Me gustan estos porque tienen tres sabores en uno. ¿Los has probado alguna vez? También me tiran mucho los *spumoni*. Helados italianos, de los caros.

Isaac miró a Lyle; cualquier duda sobre aquellos helados pronto quedó eclipsada por la curiosidad.

—Bueno, esto es la leche —prosiguió Hoot—. Tres helados distintos en un mismo recipiente. Un milagro, como la Santísima Trinidad, diría yo. Y mucho mejor que esos polvillos artificiales y azucarados que venden, válgame Dios. Esto es zumo congelado de pura fruta.

Cogió un viejo sacabolas y lo puso bajo el grifo del fregadero para lavarlo. Luego extrajo un par de bolas más o menos esféricas de helado tricolor y las depositó en un plato, que colocó frente a Isaac, junto con una cuchara. El pequeño empezó a dar cuenta de ellas, asin-

tiendo con la cabeza en señal de aprobación. Satisfecho también, Hoot sacó dos latas de Old Milwaukee de la nevera y le pasó una a Lyle. Cada uno abrió la suya y la alzó hacia el otro para brindar.

—Salud —dijo Hoot.

—*Skol* —respondió Lyle, asintiendo, y ambos bebieron un trago.

—Bueno, bueno —dijo Hoot—, así que venís del cementerio.

Lyle dio otro sorbo y asintió.

—Sí, hoy he tenido un buen ayudante.

Los dos miraron a Isaac, que seguía devorando su helado.

—¿Cómo está aquello?

—Sigue más o menos igual —dijo Lyle, y evocó en su mente los altos árboles que habían visto ese día, comparándolos con cómo eran treinta años antes, mucho más bajos y delgados. La mayoría de esos árboles tendría la edad que Peter habría tenido ahora. Cuando Lyle era joven, muchas de las tierras que rodeaban el cementerio no estaban cultivadas, sino salpicadas por pequeñas masas boscosas de pinos blancos y robles, de nogales, de olmos y, en algunas zonas, hasta de manzanos silvestres. Recordaba los días —a veces no le parecían tan lejanos— en los que había menos lápidas y el camino del cementerio ni siquiera estaba asfaltado, cuando los tractores que trabajaban en los campos eran más pequeños y, desde luego, mucho más lentos... Pero no era eso lo que Hoot le estaba preguntando.

—Dime, ¿quieres un poco más de helado? —le dijo Hoot a Isaac—. Tengo que preguntarle una cosa a tu abuelo, fuera, en el garaje. ¿Te parece bien si te lo robo un momento?

Hoot ya se había levantado para rellenar el plato de Isaac cuando Lyle intervino.

—Su madre me matará —dijo—. El chiquillo todavía no ha cenado.

—Venga —dijo Hoot—, no le hará daño.

Isaac sonrió, ofreciendo su cuenco vacío, y Lyle bajó los brazos, resignado.

Luego, Lyle siguió a Hoot hasta el garaje, donde, tapados por sendas lonas impermeables, había no uno, sino dos Ford Mustang —uno de 1965 y otro de 1969— en diferentes fases de deterioro. La camioneta de Hoot, no muy grande, estaba aparcada fuera, en la entrada, como si fuera un tercer hijo no tan predilecto pero más fiable.

—Eres la única persona que conozco que tiene dos Mustang, ninguno de los cuales vale un pimiento —dijo Lyle.

—Bueno, algo valen todavía —respondió Hoot—. Por eso tuve que descuartizarlos. Cuando Sheila me pidió el divorcio, tuve clarísimo que no le iba a dejar llevarse uno. Y la única forma que encontré de frenarla fue asegurarme de que no funcionaran.

—Pues el plan sí que funcionó —dijo Lyle—. Y demasiado bien, me parece a mí —añadió, pasándose la mano por la mandíbula y sonriendo mientras observaba los coches—. Tampoco eres tan mal mecánico, Hoot. Podías haberlos arreglado hace años.

—Lo que tenía que haber hecho es diseccionarlos de manera un poco más organizada —dijo Hoot, negando con la cabeza—. Maldita sea, me puse sin más a vender piezas, a esconder otras y a tirar el resto a la basura. Por nada del mundo hubiera permitido que esa mujer se llevara uno de mis Mustang.

—¿Has vuelto a saber algo de ella? —preguntó Lyle, aunque estaba bastante seguro de conocer la respuesta.

—No, ese barco zarpó hace mucho. Pero no tengo nada contra ella. Si es feliz, me alegro mucho.

—No recuerdo ahora... ¿dónde acabó?

—Cayo Hueso. Trabaja en un bar. Conoció a un buen tío, creo.

—Buf —gruñó Lyle—, si yo viviera allí, tendría miedo todo el rato de que llegara un huracán y me sepultara el mar. Como la Atlántida.

Hoot inspeccionó sus coches a la luz de la única bombilla que colgaba, desnuda, del techo del garaje.

—Hazme caso, voy a arreglar uno de estos. Ya verás. Qué digo, podríamos arreglar los dos y conducirlos juntos. Y montar un club, incluso. Nos podemos hacer unas chaquetas especiales, de seda, con pañuelos a juego. Y guantes de esos con agujeritos de ventilación. Podríamos recorrer River Road hasta Nueva Orleans. Beber cerveza helada, comer jambalaya y contemplar el Golfo.

—Ningún club nos admitiría —dijo Lyle.

—Por eso digo que montemos uno nosotros —replicó Hoot, sacando un paquete de Camel del bolsillo de la camisa, encendiéndose un cigarrillo y expulsando una bocanada de humo al tiempo que se rascaba la sien—, uno muy exclusivo.

Lyle retiró una de las lonas y pasó la mano por el suave capó color rojo ciruela de uno de los Mustang. Hoot tosió a sus espaldas.

—Creí que ibas a dejarlo —dijo Lyle.

—Lo intenté, durante un tiempo. No funcionó, supongo. ¿Tú lo echas de menos alguna vez?

En su época de veinteañero, Lyle fumaba por las noches, en el bar, cuando ya llevaba unas copas encima. Podía evocar esa versión más joven de sí mismo, reflejada en el nebuloso espejo del local: un cigarrillo colgando de sus labios mientras gritaba algo por encima de la barra, pidiendo una cerveza. O de pie, junto a la gramola, moviendo la cabeza al ritmo del bajo martilleante de «Folsom Prison Blues» de Johnny Cash. O bien durante una de esas raras noches en las que Hoot y él volvían a la oficina después de una larga jornada repartiendo e instalando electrodomésticos. Esas veladas en las que se sentaban en la sala de descanso con un pack de seis cervezas y una bolsa de pistachos o de cortezas de cerdo y decían chorradas durante una hora o dos, antes de desearse buenas noches y retirarse cada uno a sus respectivas casas. En esas ocasiones, al llegar a la suya, Lyle siempre tenía la precaución de colgar su ropa fuera, en el tendedero, o de meterla rápidamente en el cubo de la ropa sucia, pues Peg odiaba el olor a tabaco y pensaba que fumar era un estúpido derroche.

—No —dijo Lyle, sin dudar—, no lo echo de menos. Supongo que no pienso mucho en ello.

Ambos permanecieron unos instantes en silencio, hasta que Lyle tomó la palabra de nuevo.

—Y bien, ¿qué te han dicho los médicos?

—Solo es una neumonía. Se supone que tengo que dejarlo, otra vez. Esta es la última, lo prometo. Dios, he tenido miedo, Lyle. Me he librado de una buena.

—¿Solo una neumonía? —repitió Lyle—. No fastidies, Hoot. Tienes que empezar a cuidarte. Ya sé que es un hábito terrible, lo sé, pero, por Dios te lo pido, compañero...

—Tengo setenta y un años —dijo Hoot—. ¿Sabes cuántas veces he intentado dejarlo? Más de las que puedo contar. Pero te diré una cosa: esta vez estoy cagado. Me conoces bien. ¿Te imaginas? Yo, yendo al médico. Llevándome a mí mismo al médico. Si te soy sincero, casi no podía ni respirar. Me faltaba el aliento, como a un puñetero pez fuera del agua. Te lo juro, esta es la definitiva, compañero. Se acabó. *Finito*.

Desde la cocina, llegó la voz del pequeño Isaac, llamando a Lyle.

—¿Abuelo?

—Espera un segundo, hijo —respondió Lyle con gesto ausente—. Mira —le dijo a Hoot—, si necesitas algo, lo que sea, dínoslo. Puedo comprarte los chicles esos, si quieres. ¿Nicorette, se llaman? O los parches. Te llevaré a un hipnotizador, o a un acupuntor. Lo que creas que pueda ayudar.

Hoot dio una última calada al pitillo, dejó que el humo, oscuro y denso, inundara sus pulmones y luego lo exhaló lentamente, tirando la colilla sobre el suelo del garaje y pisándola con la punta de sus deportivas baratas.

—No hace falta. Ya tengo mis instrucciones. El médico hasta me dijo que podía probar con tabaco de mascar. Pero ya va tocando cambiar de hábitos.

—Me alegro —dijo Lyle, sin mirar a su amigo—. Queremos tenerte con nosotros mucho tiempo.

—Yo también —respondió Hoot—. Nunca he vivido como los ricos y famosos, pero sin duda prefiero mi vida a una larga siesta bajo tierra. De todas formas, soy como las pilas esas, ya sabes, «y duran y duran...». ¿O era «no se acaban nunca»? Bueno, prefiero durar mucho a ser

eterno, creo. La cuestión es que no me he rendido todavía.

Lyle no recordaba haber tocado nunca a Hoot, pero lo hizo en ese momento, poniendo una mano sobre el hombro de su viejo amigo.

—De acuerdo, pero has oído lo que te he dicho, ¿verdad? Si necesitas cualquier cosa, no seas tan cabezota de no pedirlo, ¿estamos? —dijo.

Hoot clavó la vista en una pequeña mancha de aceite que había en el suelo del garaje.

—Vamos dentro, a ver qué pasa con el chiquillo —dijo.

Encontraron a Isaac sentado a la mesa de la cocina, sosteniendo el cuenco tan alto, que el helado derretido caía directamente en su boca abierta. Los dos hombres cogieron una silla cada uno y se sentaron junto al pequeño, limitándose a mirarlo.

—¿Quieres una galleta para el camino? —preguntó Hoot.

El niño dijo que sí con la cabeza.

Al arrancar y dar marcha atrás, Lyle echó un último vistazo a la casa de Hoot y vio a su amigo a través de la pequeña ventana de la cocina, tosiendo junto al fregadero, donde probablemente estaba lavando el cuenco del helado, con el agua tibia deslizándose entre sus manos.

A última hora de la tarde, Peg y Shiloh volvieron a casa sonrientes y cargadas de bolsas. Se quitaron los zapatos y se acercaron a dar un beso en la cabeza a Lyle, que estaba medio dormido en su butaca reclinable, viendo la tele. Las noticias sobre la salud de Hoot habían sido todo un alivio y sentía que se había quitado un peso de encima. Hasta tal punto temía perder a uno de sus mejores amigos.

—Bueno —dijo—, ¿cómo estáis?

—Hemos encontrado un montón de gangas —respondió Peg—. Hemos comprado unos pantalones largos y otros cortos para Isaac y esta chaquetita monísima para la iglesia. Va a ir hecho un pincel.

El pequeño corrió primero hacia su abuela, que lo estrechó contra sí, le dio un beso en la frente y le frotó las orejas, mientras él permanecía allí de pie, absorbiendo todo su amor y su atención, como un gato cuando se estira y se pone panza arriba, dejándose arrullar por el sol resplandeciente.

—¿Se ha portado bien? —preguntó Shiloh, dejándose caer en una silla y doblando las piernas para sentarse

sobre ellas. Cuando hizo el gesto de ir a coger el mando de la tele, Lyle se lo pasó.

—Oh, siempre se porta muy bien —respondió Lyle—. Este chiquillo es un encanto.

—Bueno, tú lo malcrías, papá. Eso seguro que tiene algo que ver —dijo Shiloh, lanzando una mirada recelosa a Lyle—. No me lo habrás atiborrado de comida basura, ¿eh?

—Puede que haya comido un poco de helado en casa de Hoot.

—Helado italiano —dijo Isaac, completando, solícito, la información.

—Papá, no quiero hacer de poli mala, pero prométeme que controlarás más las chucherías que come, ¿de acuerdo? Por favor. No debería tener que decírtelo.

—Por supuesto, cariño. Pero algún día me entenderás. Si de mí dependiera, le dejaría comer helado tres veces al día, con cada comida. Es lo que hacemos los abuelos. Es nuestro trabajo. Si quisiera que el chico me odiase, lo atiborraría a coles y berza.

Shiloh respondió meneando la cabeza y la habitación se quedó en relativo silencio, mientras la televisión emitía un murmullo apagado, Peg canturreaba alegremente en la cocina y Isaac hojeaba ociosamente un ejemplar del *National Geographic* del año anterior. Lyle suspiró y miró por la ventana, hacia la oscuridad.

—¿Estás bien, papá? —preguntó Shiloh, irguiéndose en la silla y apagando la tele.

Lyle revolvió el montón de periódicos viejos y revistas que había en la mesa baja del salón, junto a su butaca.

—Sí, es solo que... no sé. Estaba pensando en Hoot.

Tiene neumonía. Dice que esta vez se ha asustado mucho. Hasta el punto de ir al médico y todo.

—¿Neumonía? Eso es terrible. Pero, claro, ¿desde cuándo lleva fumando? ¿Desde los dieciséis? ¿Los dieciocho?

—Desde los nueve —respondió Lyle—. Desde que era un niño de nueve años, imagínate. Me contó que solía robarle los pitillos a un tío suyo y que fumaba a escondidas, en el pajar. Una vez, le prendió fuego por accidente.

—Pero eso es... Papá, entonces Hoot lleva fumando más de sesenta años.

Peg, que había estado lavando una lechuga en el fregadero, entró en el salón con las manos pingando agua.

—¿De qué habláis? —preguntó.

—Hoot tiene neumonía —respondió Lyle—. Se ha llevado un buen susto. Va a dejar de fumar, me ha dicho.

—Un hombre tan bueno —murmuró Peg—. ¿Cómo lo has visto? ¿Se encuentra bien? ¿Necesita alguna cosa? ¿Hace falta que le llevemos algo?

Lyle negó con la cabeza.

—Lo he visto bastante bien. Aunque se quejaba de que le cuesta un poco respirar.

—En fin, ¿hay algo que podamos hacer?

—Podemos rezar por él —dijo Shiloh y, sin dudarle un momento, se arrodilló sobre la vieja alfombra verde oliva del salón, alargando las manos para buscar las de sus padres. Luego, alzando la vista con gesto serio y enérgico, llamó a su hijo.

—Isaac, ven aquí a rezar con tu familia.

Cuando el pequeño se acercó hasta ella, ambos apoyaron la barbilla contra el pecho y cerraron los ojos.

Lyle lanzó una mirada a Peg.

Shiloh se había marchado de casa con dieciocho años para ir a la universidad en Milwaukee. Nunca les había pedido un solo centavo. Había servido mesas, fregado platos y atendido barras para costearse la ropa, un coche de segunda mano y los viajes de las vacaciones de primavera. En algún punto de la veintena, sin embargo, su fe religiosa adquirió una importancia y un vigor renovados. Se convirtió en una devota entusiasta, si bien a Lyle le costaba identificar de qué rama. La iglesia a la que pertenecía se reunía en centros comerciales, restaurantes cerrados por quiebra y otros establecimientos en desuso. Era cierto que de niña había sido criada en el seno de la iglesia luterana, pero con el tiempo su fe se había ido tornando mucho más feroz. Lo más fuerte que bebía era una cerveza *light*, un margarita o una sangría, e insistía en rezar antes de cada comida. También se vestía de manera más conservadora, citaba la Biblia con frecuencia y cuestionaba la fe de Lyle y Peg.

Todos los domingos, desde que ella y Isaac habían regresado a casa de Lyle y Peg, Shiloh acompañaba amablemente a sus padres a misa y después, por las tardes, asistía a otra ceremonia en La Crosse, celebrada en un antiguo cine. Solía pasar toda la tarde allí, hasta caída la noche, «en hermandad», como decía ella. Lyle comprendía lo que era la hermandad entre feligreses, pero no más allá de compartir dos o tres tazas de café insípido y un rato de charla amable, tras lo cual, ¿no iba siendo hora de irse a casa a cortar el césped? O a rastroillar las hojas. O a limpiar alguna canaleta. O, quizá, a arrancar malas hierbas.

Lo cierto era que Lyle no creía en Dios. O, al menos, no estaba seguro de hacerlo. No desde la muerte de

Peter. Era como si, desde entonces, le hubieran drenado la voluntad de creer, la energía necesaria para hacerlo.

El verano siguiente al entierro de Peter, habían celebrado una reunión familiar en un pabellón del parque, junto a un lago atestado de algas. Los adultos se acomodaron en las mesas del merendero, compartiendo cotilleos y reciclando viejas historias, intercambiando noticias locales mientras evitaban hablar de política y bebían café ardiendo en vasos blancos de plástico, a pesar del calor sofocante de la tarde estival. Los niños corrían de un lado para otro en una zona de juegos cercana, cogiendo a hurtadillas refrescos y zumos, galletas, helados y dulces. Lyle permanecía de pie, apático, espaciando los sorbos a su cerveza, perdido en sus divagaciones. Desde donde estaba, podía ver a Peg, rodeada de un grupo de mujeres que, sin duda, trataban de *animarla*, preguntándole si había algo que pudieran hacer por ella. Sus parientes y sus amigos de la iglesia luterana de San Olaf llevaban meses pasando por casa para dejar guisos y lasañas. Llamaban al timbre y depositaban la comida sobre la escalera de la entrada. Tanta comida que su nevera estaba abarrotada. Tanta comida para solo dos personas, ambas con el corazón destrozado y sin apetito alguno.

Lyle depositó la lata vacía sobre el montón que sobresalía ya del cubo de basura y cogió otra antes de acercarse hasta la orilla herbosa del lago. Fue allí donde lo encontró su primo Roger, un hombre delgado, de bigote ralo y gafas sempiternamente rancias. Roger ya era entonces misionero en Costa de Marfil y lo seguiría siendo durante décadas, aunque a lo largo de ese periodo su piel nunca se pondría morena; más bien al contrario,

parecería tornarse milagrosamente más pálida todavía, más cetrina. En aquella época, Lyle solía ver a Roger cada cinco años más o menos, cuando volvía a San Olaf para informar a los feligreses sobre su misión en África y el uso que daban allí a sus donativos, empleados en la construcción de pozos nuevos o la compra de libros de texto y mosquiteras.

Fue en aquel momento, con la cerveza y la tristeza corriendo por sus venas y el sol ardiente golpeando su rostro, cuando Lyle, presa de la rabia, la soledad y el abandono, y tras una breve charla cortés, le dijo a su primo:

—Háblame de tu relación con Dios. Por favor.

Roger se rio.

—¿Me lo dices en serio, Lyle?

Lyle dio un largo trago a su cerveza.

—Completamente en serio, primo. Cuéntame.

El misionero esbozó una sonrisa circunspecta y miró hacia las aguas fétidas y estancadas.

—De acuerdo... —dijo—. Pues un día, cuando todavía estaba en la universidad, un amigo me invitó a visitar su iglesia. La idea no me atraía mucho. Estábamos en la universidad, ya sabes, y había cosas mejores que hacer... el frisbi, las chicas, salir de fiesta toda la noche... Pero al final fui. Y recuerdo estar allí sentado en un banco, cantando un himno, y tener la sensación, de repente, de que Dios me había llenado de amor. Como si toda mi vida hubiera estado esperando a que llegara ese momento. Como si yo fuera una linterna, y Él, la luz. Sentí como si me hubiera transformado en luz. Después de aquello, empecé a hablar con Dios y a dejar que me guiara. Fue así como supe que mi destino estaba en Áfri-

ca. Que estaba llamado a ser misionero.

—¿Él te llamó? —preguntó Lyle, mientras se llevaba la brillante lata de aluminio de nuevo a la boca.

—Así es.

—¿Y cómo te llamó exactamente? —dijo Lyle, imitando un teléfono con la mano y llevándosela al oído.

Sentía unas ganas enormes de burlarse y de decir: «Hola, ¿Roger? Dios al aparato. ¿Tienes un minuto, hijo mío?».

—Sencillamente lo sentí. Fue como un empujón. O no lo sé, ¿quizá sentí que algo tiraba de mí? Fue una mezcla de todo eso, supongo, pero también una especie de impulso que lo abarcaba todo. Sentí esa convicción. Supe que tenía que hacerlo. Nunca he sentido algo parecido en mi vida.

—¿Algo tiró de ti?

—Así es, Lyle, pero ¿estás bien? ¿Estás sufriendo? ¿Quieres que recemos juntos?

Lyle miró a Roger, un hombre tan alejado del día a día de su vida que resultaba casi un extraño. Dio otro trago a su cerveza y arrugó la lata.

—Claro. Recemos —dijo.

Por un momento, Lyle se concentró, se rindió incluso, y aguardó con esperanza. «Por favor, Señor, lléname de luz. Por favor, haz que desaparezca este sufrimiento. Por favor, llévate a mi pequeño contigo, al cielo.» Todo su cuerpo se tensó de dolor y sintió que podía explotar allí mismo como si fuera una fuente de lágrimas.

Así que Lyle tomó la mano de su primo y permaneció junto a él, de pie sobre la espesa hierba de julio, los mosquitos y las moscas negras zumbando en el aire quieto y asolando sus oídos, mientras llegaban hasta él los

gritos de los niños que jugaban y el olor de los perritos calientes, de las hamburguesas con queso y de las salchichas que ardían en la parrilla; notando cómo las miradas de toda su familia descendían hacia ellos desde el pabellón abarrotado. Y así fue como escuchó a Roger mientras rezaba por él, pidiendo que Lyle admitiera al Señor en su corazón, rogando al Señor que aliviara el dolor y el duelo de Lyle y Peg por su bebé perdido, rogando que fuera su luz y los guiara a través de aquel valle de lágrimas; hasta que, un poco después, Lyle y Roger ya no estaban cogidos de la mano, sino que eran sus frentes sudorosas las que estaban apoyadas la una contra la otra, la mano derecha de Roger había encontrado el pecho de Lyle y su mano izquierda sostenía la nuca de Lyle, cuya cabeza estaba empapada en sudor, mientras permanecía en silencio, emitiendo solo un gemido grave y prolongado, acompañado por el leve chirrido de sus botas Rockport al balancearse hacia delante y hacia atrás. Por un momento, Lyle sintió algo muy poderoso, solo que no se trataba de Dios o de Jesucristo o del Espíritu Santo, sino de la creencia ferviente y extática de otro ser humano en lo sobrenatural. Y luego recordó a su hijo y recordó cómo se había despedido del pequeño en el hospital. Lo había cogido en sus brazos fuertes y curtidos por el sol y había tocado sus pequeños deditos, blancos y rosados, maravillándose de lo largas que eran sus pestañas, de la suavidad de sus uñitas, hasta que llegó el momento en que tuvo que entregar su cuerpo a una enfermera, y se quedó a solas con Peg, aquella tarde, en una habitación de hospital... lo recordaba todo con tanta claridad: aquella rabia y aquella desesperación desafiante, el pensar en Dios en ese momento y decir:

«Maldito seas, maldito seas». Porque ¿qué bien podía comportar el arrebatar un bebé de los brazos de su madre? ¿Qué había de bueno en traer un niño al mundo, solo para robarlo unos pocos meses más tarde? ¿Por qué? ¿Qué clase de Dios haría una cosa así? Y las únicas respuestas que Lyle podía hallar eran estas: o bien Dios no existía, o bien Dios era cruel. Y Lyle no podía creer en un Dios tan cruel.

Finalmente, Roger y él se separaron y Roger dijo:

—Que Dios te bendiga, Lyle. Espero que puedas hacer un hueco a Jesús en tu corazón.

Lyle se quedó callado unos instantes.

—Gracias por rezar por mí —dijo finalmente.

Y creía haberlo dicho de verdad, pues en aquella hora, junto al lago, hubiera intentado cualquier cosa, lo hubiera intentado todo para sentirse entero de nuevo, para estar con su hijo, para escapar de aquella rabia. Pero lo cierto fue que nada cambió, nada se removió, nada desapareció. Remontó de nuevo la cuesta hacia el pabellón y las voces volvieron a subir de volumen cuando las personas allí reunidas trataron de fingir que no habían estado poniendo la oreja y espiándolo. Recordaba, años después, cómo había hundido su mano y parte del brazo en la nevera helada para coger otra cerveza y cómo los había mantenido allí dentro, en el agua dolorosamente fría, varios segundos, sintiendo primero cómo se le entumecían los dedos y luego el tacto congelado del aluminio, hasta que alguien le dio una palmada en el hombro y se lo llevaron hacia la zona del juego de la herradura, donde había ya algunos hombres esperando, observándolo con cautela. Entonces alguien le dio dos herraduras y sintió su peso en la mano y, de algún modo, aquello lo

serenó: el hierro cálido de la herradura en una mano y el aluminio frío de la lata de cerveza en la otra.

Peg pasó por detrás de Lyle y tomó la mano de Shiloh, a lo que él reaccionó dándose la vuelta y saliendo del salón para irse a su habitación, donde cerró la puerta, apagó la luz y se sentó en su lado de la cama, con los ojos muy abiertos, mientras oía cómo su hija lo llamaba desde el otro cuarto: «¿Papá?»; y su mujer decía: «¿Lyle?»; a lo que siguió un silencio breve y tenso, hasta que sus voces volvieron a hacerse audibles, quedas y suplicantes, «Dios amado...», comenzaron a rezar.